

En la cálida noche guayreña

Escribe: ADOLFO SALVI

Caracas, enero de 1965.—Después de la retirada de Valencia, sobrevino la de Maracay. La situación política y militar aumentaba en su gravedad y Miranda, agobiado por la pesadumbre y herido por el desconcierto, resuelve dar otro paso atrás para situarse en La Victoria, pensando en que el avance de Monteverde podría continuar y que ante tal situación solo quedarían el refugio de Caracas, donde se intentaría la última resistencia, y la vía del mar, si es que los acontecimientos bélicos finales no resultaban favorables para las armas de la república.

Pero la crisis acrecerá sus síntomas de descomposición y un intento subversivo, encaminado al arresto del generalísimo, es descubierto a tiempo. Tres destacados oficiales: Tinoco, Santinelli y Schomburg encabezan la asonada.

La noche del cinco de julio se hará más oscura en el espíritu del gran revolucionario, del tenaz soñador con la independencia de América. Alrededor de la inmensa mesa que preside el jefe de los ejércitos republicanos, ocupan asiento militares y civiles. Se habla confiadamente del futuro, pese a los reveses sufridos bajo la hostil acción de las fuerzas realistas. La conversación es interrumpida de repente para recibir el angustioso mensaje que desde Puerto Cabello envía Bolívar, en el que da cuenta de la traición de Fernández Vinoni. Miranda se conturba y apelando al francés, idioma al que le era grato apelar en determinadas circunstancias, le habla a la oficialidad más próxima para revelar su amargo estado de ánimo: "Venezuela est bleseé au coeur", frase que completa en español, deseoso de hacerles conocer la gravedad de la situación. "Ahora todo es incierto y azaroso. El enemigo ha tomado posesión de abundantes recursos militares que hasta el momento de la traición abonaban nuestro triunfo".

Ya no eran Valencia, ni Maracay, ni los pueblos extendidos a lo ancho de los abundantes valles aragüeños los que habían pasado a manos del adversario. Lo era también Puerto Cabello, la plaza militar más fuerte del país, pletórica de valiosos recursos bélicos. El camino hacia Caracas asomaba como una final vía de retirada, que no se sabía donde podría concluir. La república ya no se erguía con el atuendo de los primeros días, firme en sus propósitos y confiada en su destino.

El generalísimo vacila. La tormenta que lo circunda se agrava repentinamente y los encrespados oleajes comienzan a lamerle los pies.

El vasto territorio de que dispusiera quedaba restringido ahora a un concepto insular. El temor de una generalizada lucha racial lo asalta para agravar sus dudas, en atención a que las noticias que le llegan procedentes de la cámica región barloventeña, en donde las peonadas esclavas comenzaban a apropiarse de las fincas cacaoteras, ahuyentando con sus amenazas a los ricos propietarios, quienes se refugian, temerosos, en los pueblos vecinos o buscan la protección de las autoridades que gobiernan en Caracas, le hace preveer una guerra exterminadora y sangrienta, alentada por un sentimiento de hostilidad que parecía hacerse contagioso en el espíritu de las masas originarias de las tórridas regiones africanas.

La apreciación que le inspiran los factores numerosamente adversos le inducen a pensar en un armisticio, porque en el caso de escoger entre dos enemigos resultaba preferible pactar con el menos ofensivo, en cuyos sentimientos solo privaba el de naturaleza política, menos sañuda y bárbara que el de la racialidad, que habían comenzado a desplegar las salvajes turbas negras de las ricas fincas agrícolas. La república adornada por las luces de los conocimientos y sustentada por las buenas costumbres, que había concebido a través de sus lecturas y de su larga permanencia en Europa, comenzaba a parecerle una utopía para Venezuela, en donde las masas medio civilizadas, predominantemente numerosas, asomaban como dominadoras inmediatas del destino nacional. Aquella situación le induce a vacilar, encaminándole a desconfiar de los sueños que acariciara por tan largo tiempo. Y dado a escoger entre el enemigo peninsular unido al criollo con rasgos de civilización, o la oscura avalancha de las esclavitudes en subversión, opta por el primero para arribar, fatalmente, a la idea de una negociación con Monteverde. El tercer intento de emancipación que iniciara le venía a demostrar, al igual de los dos anteriores, frustrados en las costas de Coro y Acumare, que Venezuela no estaba preparada todavía para la independencia. Factores de distinta naturaleza, circunstancias de la más diversa índole retrasaban aquel movimiento, aplazándolo para un futuro tal vez distante. Había una clase evolucionada en sus conceptos políticos y en sus aspiraciones ciudadanas, pero existía, al mismo tiempo, una inmensa masa humana, primitiva y bárbara, extraña al concepto de republicanismo y democracia. Los sentimientos que obscurecían la carencia de superiores ejercicios políticos cabalgaba en el alma de las multitudes para anteponerlas a un cambio de carácter tan radical y definitivo. El siervo barloventeño, sujeto a sus oscuras pasiones, consideraba llegada la hora de su redención, que no se aproximaba por el camino de la transformación política sino por el de la violencia sangrienta y exterminadora. Y bajo las apretadas arboledas de cacao, enrojecidas de fruto en aquel ardiente y luminoso mes de julio, planea la destrucción de cuanto ha contribuido a crear, de cuanto le ha costado sudor y penas, fatigas y rebeldías, expresadas a golpe de tambor bajo la caliente y luminosa noche tropical.

Miranda deja en marcha la negociación del armisticio para trasladarse a Caracas, que se hallaba desconcertada entre el temor a los ejércitos realistas y el pavor inspirado por las legiones negras en actitud de arrasadora subversión. La insidia arremolina todas sus bajas intenciones contra la figura del generalísimo. Se habla de transacciones pérfidas; se insinúan decisiones alevés. Sobre la majestuosa figura del caudillo rueda el agua de todas las venalidades. La erguida cabeza que los años encanecie-

ran lucía abatida por el peso que sobre ella arrojaran los más torvos pensamientos. Se le juzga incapaz para conducir las difíciles tareas de la guerra; se le considera en decrepitud despótica, movido por la ineptitud que trataba de disimular con actitudes desdeñosas para cuantos formaban la oficialidad de los nuevos ejércitos. La antipatía prolifera a su rededor, los recelos lo cercan con un anillo de creciente hostilidad. Su figura ya no constituye la rutilante esperanza de los días inmediatos a su retorno de Londres ni de sus serenas intervenciones en las tormentosas reuniones de la sociedad patriótica. No era ya el peregrino de la libertad ni el vencedor en Valmy, ni tampoco el conductor excepcional de los ejércitos franceses en los campos de Bélgica. Apenas aparece como una dolorosa sombra del pasado, vencido por la incomprensión de los hombres, por las erradas apreciaciones de las multitudes y por el sentimiento de predominio que deseaban seguir ejerciendo los grupos resaltantes del mantuanismo criollo. La derrota, además de su carácter político, encontraba su mayor crudeza en el campo de lo moral. Caracas le resultaba más hostil que ninguna de aquellas otras ciudades que miraran con desaliento o con júbilo la retirada de las anarquizadas tropas republicanas. El mar se le abría como una vía de inaplazable evasión y hacia La Guayra se dirige con el propósito de intentar rehacer su desmedrada fortuna política, encendiendo con nuevo brillo su languideciente estrella revolucionaria. Tras sus pasos marchan algunos oficiales y otros se le han anticipado en el propósito de encaminarse al exterior. Manuel María de las Casas es el jefe militar de la plaza y a su alrededor se reúnen, con intenciones conspirativas, varios oficiales descontentos, entre los cuales se destacan Bolívar, Juan Paz Castillo, Rafael Chatillón y Tomás Montilla. En las agitadas aguas del puerto el "Sapphire" cabecea en la larga espera de los patriotas fugitivos. Miranda se resiste a embarcar, pese a las amistosas solicitudes que le plantea el capitán Haynes, quien con indiscutible sagacidad británica penetra hasta el fondo de la situación que agita a la oficialidad quejosa. El precursor actúa con calma, confiado en su consecuente fortuna, que lo induce a anunciar a quienes le recomiendan trasladarse a bordo, que lo hará en la mañana siguiente. Después de asistir a la cena obsequiada por De Las Casas, se retira a la habitación que ocuparía en su última noche de libertad. Antes de conciliar el sueño le habla a su edecán Carlos Soubllette para revelar le los planes, que ha vuelto a concebir. Embarcará al amanecer para dirigirse a la Nueva Granada, en busca del apoyo que no habría de regatearle Antonio Nariño, ideas que también comunicara a Pedro Gual en conversación sostenida sobre los empedrados de las estrechas calles guaireñas, horas antes de que la conjura estallara. Pero sus cálculos se verán deshechos por la voluntad alevosa de quienes le acompañaran en la desventurada empresa militar que le fuera confiada por el provisorio gobierno republicano.

Tendido en el aéreo lecho de la hamaca le habla a Soubllette antes de que el sueño le cierre los párpados, después de un agobiador día de agitaciones y de diversas presunciones:

"Nariño es de los primeros americanos que ha compartido esfuerzos por hacer de nuestros pueblos agrupaciones en el libre goce de sus derechos. Los reveses sufridos podrán servirnos de experiencia y rehechos en

la Nueva Granada, con todos los recursos que podamos levantar, volveremos de nuevo a Venezuela para reemprender la lucha, entonces con mayor fortuna”.

Soublette, pese a su juventud, le hace atinadas observaciones, indicándole que no será fácil superar en tan corto tiempo las causas del fracaso que estaban padeciendo con tanta amargura. El consecuente edecán es menos entusiasta que su superior, quien le replica, desbordante de optimismo:

“América no es un país africano y Venezuela es parte importante de su organización. Los pueblos americanos, pese a cuanto estamos contemplando en la actualidad, aspiran a constituirse en estados autónomos. En ellos rigen sensibilidad y orgullo raciales. Desde el Caribe al Sur asoman los factores de raza, idioma y religión que le marcan el camino de su futura grandeza y de su firme unidad política”.

Su interlocutor lo escucha con singular atención y en aquellas palabras encuentra rehechos los alientos que había sentido desmayársele en la más sensible zona de su espíritu, de tal modo que su respuesta posee mayor vigor que las anteriores:

“Es hermoso, generalísimo, el concepto que a usted anima respecto a una futura confederación americana. No hay razones para dudar de su no lejana integración, que vendría a hacer difícil la intervención de alguna extraña potencia, aún la más poderosa del mundo, llámese Inglaterra o denomínese Rusia”.

Miranda afirma su opinión:

“La autoridad que predomine en América deberá ser de nuestro mismo linaje, brotada de nuestro propio suelo. Todo actúa en favor de convertir a América en un Estado poderoso, con influencia en el destino político del mundo. Nacimos bajo un signo federativo y a ese destino habremos de permanecer sujetos”.

Entre dudas y esperanzas se prolonga la conversación mientras que a lo largo de la soledad de las calles cabalga el ululante viento desprendido de la blanca crin de los agitados oleajes. El sueño baja a las pupilas imponiendo reposo que al escaso correr de las horas se ve interrumpido por precipitados golpes descargados contra la recia madera de la vetusta puerta. Miranda despierta para caer en la más amarga de las sorpresas:

“¿No es muy temprano todavía para subir a bordo? Pregunta con palabra brumosa.

Mientras tanto, Soublette acude para atender al llamado apremioso. Tres oficiales penetran con violencia y quien encabeza el grupo se acerca a Miranda para alumbrarle la faz con la mortecina luz del farol que conduce y declararlo bajo arresto.

El desventurado prócer se desconcierta y todavía con el sueño enredado entre las pestañas se dirige a su fiel edecán, que permanece inmóvil, como clavado al suelo, para comentar en la más desoladora de las frases:

“Bochinche. Bochinche. Esta gente no sabe sino hacer bochinche”.

Seguido por Bolívar, Montilla y Chantillón marca sus pasos hacia la prisión. Bajo el soplo de la ardiente noche guaireña se quemaban en aquel momento, las más altas esperanzas de América.